



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Nº 10160

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 1/2 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

LUNES 16 DE SEPTIEMBRE DE 1895

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico e inmediato al cobro.—co
respondentes en París, A. Lorette, rue Caulaincourt, 14, Jones, Rue
Montmartre, 31.

Recolección

Puntas para vinos, moderno sistema; — **Bombas** Noel y otros sistemas para trastegos; — **Azufreadores**, extintores y demás **cisneros** neobacterios al vinícolor. — **Desgranadoras** de panizo (6 fases por hora). — **Embudos automáticos**. — **Tijeras** para **vendimiar**, poda, etc. — **Arados** de **vertedera**; — **Espino artifical**. — **Pafos**, azadas, legones, todo acero. — **Garretillas** y **wagnetas**.

INSTALACION DE RIEGOS

C. Pérez Llubet.—Plaza de Castellini, 12

COOPERACION INEDITA

Así se veranea.

Dña Homobona, señora delgada, con un bigote regular, y que según dice es viuda de un alto empleado, ó, mejor dicho, de un empleado alto de consumos, tiene dos niñas que ya pasan de los veinte años, más delgadas que la madre y que se llaman Hortensia y Herminia, respectivamente. Las conoció en un paseo a que estaban abocadas a diario y donde eran señaladas por la familia de las tres hermanas, por ser la inicial del nombre de las tres, la tercera indicada.

Nadie adjirinaba el procedimiento de que se sentía aquella trinidad amable para atender a sus parenterias necesidades; las lenguas mugriles del barrio, decían, que costaban para fuera de la casa, que eran modistas, que vivían de las rentas, que tenían herederías de sus antepasados y otras mil cosas que la murmuración a su manera inventa. Lo cierto es que sus trajes variaban con alguna frecuencia, que sus adoradores iban en aumento, y que lo único en ellas constante, sobre todo en su mamá, en el afán de figurar, el de aprovecharse de todo, pidiendo a los periódicos localidades para los teatros y asistiendo a alguno de los conciertos para habérselas de apuradas rentas, de imaginarios tesoros y de ocultas riquezas que parecían por el respliego que D. Homobona les daba, cosas palpables, cosas ejertas.

Perseguió D. Homobona lo que era natural a sus años, este es, realizar la vida de sus niñas, para hacer la felicidad de dos yernos que encontraron a mano; y por eso las exhibía constantemente, encañonándolas y ensalzándose al propio tiempo, para manifestar, claro está, la finura en la educación de aquellos pedazos de sus entrañas.

Pasó algún tiempo, y supo que D. Homobona veía una proporción ventajosa para una de sus niñas en un modesto joven, ayudante de un criado de servicio de la notaría de

D. Pérez Gómez, que así se llamaba él, y en efecto en una casa de huéspedes de la calle de Chinchilla, en la cual pagaba seis reales con principios y pestes. La remuneración no podía ser más económica; pero en cambio despidió que se portara la compañía de la camabac ocupada casi enteramente por en ejercicio formidable de nocturnos vividores, contra los cuales había que transigir necesariamente.

De carácter reservado al que tiene poco dinero, de una sobriedad algún tanto exagerada, a que le obligaba la higiene y sus no sobrados recursos, contó sin embargo a D. Homobona la situación especial en que se hallaba, ocultando desde luego su carencia de dinero. Por tal franqueza vió D. Homobona en aquel desgraciado un santo y empezo aconsejando a sus hijas lo que en estos casos acostumbran a aconsejar las mamás, tratando al mismo tiempo al muchacho con amabilidad excesiva, para cumplir el adivio: «Más se caza con miel...» le aconsejó sobre asuntos diversos, le trabajó trabajo para aumentar sus ingresos, le sacó de algún que otro apuro... sin oírse a la vez de dirigirle al punto que ella persoguía, deslizándose en su oido como música deliciosa las soñadas magnificencias que por costumbre contaba a todo el mundo, y le garantizaba la tranquilidad provechosa y alegre del matrimonio, con una mujer que lo adorase, que tuviera un capital que aportar y sobre todo una madre casilosa, que los aconsejara, que los quisiere y que siempre a su lado les quitará las penas y sobre todo sus dolores.

Trató de interés, los continuos consejos y un plan de batalla con todos los puntos estratégicos tomados, no podía tener otra solución que una victoria. D. Homobona la tuvo, su hija mayor Hortensia acababa de recibir una carta del muchacho. La contestación afirmativa no se hizo esperar, y Hortensia y D. Homobona lo recibieron con alegría; lo trataron con más confianza, hasta tal punto que le llamaron desde aquél día Pepín. La única que sufrió un poco fue Herminia, que decía para sí, que bien podía haberse declarado a ella; pero se guardó bien de decirlo fuerte, porque no lo hubiese consentido su mamá, y tal vez hubiera tenido que sentir. La causa de ser la mayor la agraciada fue solo el interés. Pepín creyó que tenía primogenitura, y no era despreciable cualquier cantidad en la época por qué él atravesaba.

Formalizadas las relaciones de Hortensia con Pepín, llegó el verano, y D. Homobona corrió la voz de que se marchaba a veranear a San Sebastián, y entonces Pepín se apresuró a decírselo que por el momento no las podía acompañar, por su mucho trabajo; pero que tal vez más tarde pudiere ir con ellas. Llegó el día de marcha y Pepín se despidió de ellas en la casa, porque ni podía dejar la oficina, ni D. Homobona se lo permitía; pero pudo más el amor que la oficina, y a la hora que salía el tren, estuvo Pepín en la estación vagando inútilmente, sin veras ni saber si se habían ido. Marchóse en su amada y le digeron que ya se habían marchado con equipaje y todo.

Algo sucedió al ver que además de faltar en la oficina, no las había podido despedir; pero se consoló con la idea de reunirse a ellas en plazo corto.

Como Hortensia le había dejado el encargo de dirigir las cartas, para mayor seguridad, a una amiga

suya de S. Sebastián, inmediatamente le escribió lo ocurrido y a los pocos días, viendo que la contestación no llegaba, pensó en marcharse en su busca. Al notario le pidió permiso para tomar aguas y reponerse, y el notario le negó el permiso, añadiendo que si le dejaba un solo instante no le volvería a admitir en su casa. Despues de esta contrariedad, se dirigió a casa de un prestamista, que le hizo firmar un pagaré para unos pocos días con un interés de 60 por 100.

Triste, con la despedida del notario y el pagaré en el bolsillo, se aconsejó sobre asuntos diversos, le trabajó trabajo para aumentar sus ingresos, le sacó de algún que otro apuro... sin oírse a la vez de dirigirle al punto que ella persoguía, deslizándose en su oido como música deliciosa las soñadas magnificencias que por costumbre contaba a todo el mundo, y le garantizaba la tranquilidad provechosa y alegre del matrimonio, con una mujer que lo adorase, que tuviera un capital que aportar y sobre todo una madre casilosa, que los aconsejara, que los quisiere y que siempre a su lado les quitará las penas y sobre todo sus dolores.

Conoció en Madrid a la familia que V. busca, y como trabajaban de modistas, me hicieron varios trajes; desde entonces tenía algunas veces noticias de ellas. Este año me escribieron diciendo que tuviese la bondad de recibir sus cartas y remitírse las, y hasta hoy lo he hecho.

—Pero, señorita, tenga V. la bondad de decirme dónde viven...

—Pues, están en San Sebastián...

—¿En qué calle?

—En San Sebastián..., de los Reyes...

Pepín cayó desplomado; era un cadáver.

Abelardo Bartolomé y del Cerro.

Microscópicas.

IMPREVISION?

Puede que lo sea.

Y puede también que sólo sea imparcial a los partidarios de las economías a toda costa.

A eso, a la fiebre de economías irreflexivas, que dejaron decaída la Isla de Cuba, es debida la insurrección cuñada que tanto nos cuesta.

A esas economías, mal entendidas y peor hechas, es debido tal vez el desastre de Jeló.

Se han arboleado allí unos destrozamientos de soldados indígenas y han muerto al jefe; a traición se ha derramado sangre española.

El hecho es grave y será castigado. Ya se apresta a ello el Capitán general de Filipinas; pero ha debido prevenirse para que no ocurriera.

Si el comandante militar de Tárraco, que ha sido asesinado, hubiera tenido unos cuantos soldados españoles, no lo lloraría su familia, ni se hubiera alegido la patria al conocer su suerte juntamente con el suceso de la traición.

No hace mucho tiempo publicó El Eco una correspondencia en la que se hablaba de temores de insubordinación por parte de los filipinos al servicio de España.

Los temores han comenzado a cumplirse. No se sublevan en la Isla de Luzón, pero se sublevan en Jeló. ¿Por qué? Porque es imposible que un hombre solo pueda dominar, aunque se convierta en héroe, la rebeldía de los soldados que manda.

Estaremos condenados a desgracia perpetua?

Parece que sí, porque cuando la península permanece tranquila y se apa-

gan en ella los vientos revolucionarios, surgen inopinadamente en las colonias.

Inopinadamente para los que tienen el deber de que no los ojan desaparecidos, los reencuentros.

Para los demás estaba previsto lo que ocurría.

Guardia Civil señor Ferralga el día 15, después de las tres de la tarde, y el 16 por la mañana, a poco de salir de Rojas, 8 kilómetros de Madrid, hallaron al enemigo oculto, en un guadal con gran manigua, dejando pasar la vanguardia, que la componía la caballería, y atacando con mucha fuerza a la infantería por el flanco derecho.

Inmediatamente 15 hombres de Pizarro, al mando del primer teniente don Rafael Pérez Herrero, una sección del escuadrón, movilizado, de Camajuan mandada por el primer teniente don Antonio Ruiz y Ruiz y 22 guardias civiles al mando del primer teniente don Mateo Balguera, rompiendo las espaldas al enemigo penetraron en el potro del Tejar de Rojas, a cortar la retirada al enemigo, el cual abandonó sus posiciones, aunque haciendo fuego bajo el machete de la caballería, que le castigaba sin parar; corriendo a la defensiva, hasta el monte Manquitas, antes de Rio Largo.

Salio el teniente caballero Palanca con 112 individuos del batallón de Zamora, 250 de Extremadura y 78 de los voluntarios de Catajani el día 8, y como a las cuatro de la tarde encontró en Villajaca una partida insurrecta de 40 hombres en el cuadro batío y disperso, cogió doce caballos y una escuadra de ocho caballos, yendo a dormir a Quemado Nuevo.

Salió de allí el 9 hacia Nieva, pasó por Las Huertas, potrero cercano a Santillana de los Caballeros, de donde se dividieron en dos: una mandada por el, compuesta de la caballería y una sección de infantería, y el resto de la fuerza al mando del Sr. Feijoo y del comandante D. Rogelio Álamo, que se subió a un caballo.

La segunda columna, que era la de la infantería, pasó por el potro de Santa Clara y al llegar a la casa de Benigón, que había quedado aislada, se subió a un caballo.

En la exploración se encontró el rastro del enemigo, hallándolo poco después acampado en número de 2000 hombres, en terreno del potrero Santa Clara y al mando de los cabecillas Serafín Sánchez, Castillo y Legón.

Los exploradores del teniente coronel Palanca, sorprendieron un grupo de insurgentes en que iba Serafín Sánchez y su ayudante.

Salieron de allí el 10 hacia Nieva, pasó por el potro de Santillana de los Caballeros, de donde se dividieron en dos: una mandada por el, compuesta de la caballería y una sección de infantería, y el resto de la fuerza al mando del Sr. Feijoo y del comandante D. Rogelio Álamo.

La segunda columna, que era la de la infantería, pasó por el potro de Santa Clara y al llegar a la casa de Benigón, que había quedado aislada, se subió a un caballo.

En la exploración se encontró el rastro del enemigo, hallándolo poco después acampado en número de 2000 hombres, en terreno del potrero Santa Clara y al mando de los cabecillas Serafín Sánchez, Castillo y Legón.

Seguidamente la fuerza de Palanca fue atacada por la caballería, que se subió a un caballo.

El combate fue retidísimo y duró cuatro horas. La tropa rechazaba, siempre con valentía y arrojo, el ataque del enemigo, que tres veces trató de echarle encima la caballería.

El fuego del enemigo era grande; por nuestra parte se sucedían las descargas de artillería.

Como a las doce del día empezó el enemigo a batirse en retirada, teniendo siempre unos 400 insurrectos para proteger la fuga de la guarnición.

A las dos de la tarde terminó la acción, calculándose las bajas de los insurrectos en 60 muertos, pues cada vez que se les hacía una descarga se veían caer algunos jinetes que eran restados.

Entre los muertos se contó el teniente coronel Palanca.

El cabecilla Móles fue muerto por un proyectil que le atravesó el corazón.

Los soldados del batallón de Zamora, casi todos gallegos, estuvieron tiroteando al enemigo y contando 400 muertos.

Otro combate.

Fue muy brillante el duelo entre el enemigo en Mazarrón, cercano a Rojas, y medios. Salieron tres columnas de Requena mandadas por el Comandante Militar señor Oliver, el teniente Sr. Pérez Labor y el teniente coronel de la

caballería.

El resultado fue que los soldados